

## 31ª SESIÓN ORDINARIA EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1901

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

**SUMARIO:**—Asuntos entrados.—Mensaje y proyecto del poder ejecutivo autorizando á la empresa del ferrocarril del Oeste de Buenos Aires para establecer un empalme entre su vía principal y la línea á La Plata.—Proyecto de ley del señor diputado Carreño sobre estudio y construcción de obras de irrigación en la provincia de La Rioja.—Aprobación sobre tablas del dictamen de la comisión de peticiones en el proyecto de ley acordando á la viuda del exdiputado doctor Miguel Morel las dietas que le hubieran correspondido hasta la terminación de su mandato y pensión á la misma é hijos menores desde el 1º de mayo de 1902.—Se acuerda preferencia, en el orden de las ya acordadas, á la discusión del proyecto autorizando al poder ejecutivo para conceder un terreno á la Facultad de derecho de la universidad de la Capital.—Continúa la discusión del dictamen de la comisión militar en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

#### DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroeta-veña, Belderrain, Benedit, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreño, Carreras, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Dantas, Demaría, Echegaray, Ferreyra, Falcón, Ferrarri, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (M.), Gouchon, Helguera, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Loveyra, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Zavalla.

#### AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Luro, Olmos, Usandivaras, Varela Ortiz.

#### CON AVISO

Cantón, Casares, Fonrougá, Hernández, Seguí, Serna Villanueva.

#### SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Barraza, Bertrés, Bores, Bruch-

mann, Calderón, Carbó, Castellanos (A.), Cullen, Ezquer, Gigena, Leiva, Loureyro, Parera (R.), Rivas, Rosas, Sarmiento.

En Buenos Aires, á 20 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 4 p. m.

#### ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

### ASUNTOS ENTRADOS

#### COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, septiembre 20 de 1901.

#### Honorable congreso de nación.

El servicio de pasajeros entre esta capital y la estación «La Tablada» ha tomado tal incremento desde la inauguración de los mataderos de Liniers, que obliga á la empresa del ferrocarril del Oeste de Buenos Aires á mejorar sus instalaciones, construyendo un nuevo empalme entre la línea principal y el empalme á La Plata,—en las inmediaciones de «Hacedo»,—á fin de

dispensables que cree deben ser satisfechos con preferencia; á esos gastos responden las dietas hastas el 30 de abril, y desde esa fecha disfrutará de la pensión que establece el proyecto y que asegurará por un corto número de años su subsistencia.

El desembolso para el tesoro nacional es casi el mismo que correspondería á sus dietas, con un pequeño recargo, que equivaldría á un módico interés, y sería más aceptable para el tesoro esta forma que hacer el desembolso inmediatamente.

Yo no voy á detenerme en demostrar los méritos y servicios prestados al país por el causante, porque nada tendría que agregar al luminoso discurso con que fundó el proyecto, al ser presentado, el distinguido diputado por Santa Fe monseñor Romero, concretándome á pedir á esta honorable cámara, en nombre de mis compañeros de comisión y por los fundamentos que acompañaron al proyecto, les prestéis vuestra sanción.

**Sr. Presidente** — Corresponde votar, de acuerdo con el artículo 7.º de la ley de la materia, si el causante ha comprometido ó no la gratitud nacional.

—Se vota, y resulta afirmativa.

—Se aprueba en general y en particular el proyecto en discusión.

#### MOCIONES DE PREFERENCIA

**Sr. Argerich**—Pido la palabra.

A nombre de varios compañeros de comisión y á nombre propio, me permito hacer una moción de preferencia, en el orden de las ya sancionadas. La habría hecho de tratar sobre tablas; pero el señor miembro informante de la comisión respectiva se encuentra ausente.

Hace mucho tiempo pende de resolución un despacho de la comisión de instrucción pública, un proyecto en que se autoriza al poder ejecutivo para conceder un terreno á la facultad de derecho de la capital, á fin de que levante en él el edificio reclamado, para cuya obra dicha facultad tiene ya listos todos los fondos necesarios. Es una obra destinada á la intelectualidad y al mismo tiempo al embellecimiento de la ciudad.

Pido, pues, que me acompañen los señores diputados para que en el orden de las preferencias ya sancionadas, se trate este asunto.

—Se aprueba esta moción.

#### ORDEN DEL DIA

##### ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión pendiente, sobre el proyecto de organización militar.

—Ocupa su asiento en el recinto del señor ministro de la guerra, coronel Pablo Riccheri.

**Sr. Godoy (E.)**—Pido la palabra.

Debo solicitar, señor presidente, de mis honorables colegas, la benevolencia necesaria para ocupar por breves momentos la atención de la cámara, aun otra vez, en este gran debate.

Pocas ó ninguna cuestión de mayor importancia y trascendencia puede interesar el espíritu de los que estamos llamados á dictar las leyes como la que tratamos, punto que se refiere á la forma y modo en que ha de establecerse para el futuro la organización militar de nuestro país, tan íntimamente vinculada á su grandeza y á su poderío. Pero no es con ironías ó sarcasmos más ó menos agudos como se ha de prestigiar la bondad de esta ley; es con razones claras y con manifestaciones precisas que se ha de llevar al convencimiento de los señores diputados y del país entero la necesidad de la ley que se discute y la eficacia de la misma.

El proyecto del poder ejecutivo, señor presidente, tan valiente é inteligentemente defendido por el señor ministro y por los distinguidos señores diputados de la minoría de la comisión, es sin duda alguna, en mi opinión, un trabajo de gabinete de indisputable mérito; teóricamente es bien confeccionado, sus artículos son armónicos y concordantes entre sí; pero no es bueno para nuestro país, porque ni él se adapta al servicio obligatorio en la forma propuesta, ni los ciudadanos argentinos lo admiten.

Nuestra población, tan irradiada en un territorio inmenso, sin vías de comunicación fáciles, es un inconveniente tan grave para la eficacia de la ley que nos propone el poder ejecutivo, que yo no veo el medio de hacerlo viable y de llevarlo á la práctica con buen resultado.

Agréguese que el espíritu argentino es rebelde á la servidumbre personal; porque si bien es sensible al llamado de la patria cuando se halla en peligro, es rebelde, repito, especialmente al ser-

vicio militar, como lo comprueba el hecho, oficialmente denunciado en esta cámara, de que más del 200 % de los ciudadanos llamados por la ley al servicio han rehusado la obligación.

—Varios señores diputados hacen algunas observaciones en voz baja al orador.

Me observan algunos señores diputados que es el 80 %. Yo había tomado la cifra que el señor ministro dió, y evidentemente resulta un contrasentido. Es el 80 %, pues, los que han eludido la obligación.

A pesar de esto, si el proyecto tuviera la mayoría de los sufragios del Congreso, yo pienso, y me propongo demostrarlo, que no tiene el país bastante personal técnico y bastante capacidad económica para ponerlo en práctica. Y sobre este punto solicito especialmente la atención del señor ministro y de los miembros de la minoría de la comisión que prestigian el proyecto, como asimismo la de los señores diputados, porque he de dar algunas cifras, las menos posibles, para demostrar la verdad de mi afirmación.

El proyecto del poder ejecutivo determina la organización de diez regiones militares, en cada una de las cuales se ubicará una división táctica perfectamente orgánica y que responda á todas las exigencias de una división en pie de guerra. Para estas diez divisiones militares se necesitan indispensablemente 100 jefes y 80 oficiales, á lo menos, para la comandancia en jefe, estados mayores divisionarios, comandos de brigadas, ayudantes, etc. He puesto una cifra relativamente reducida para economizar personal, que tanto nos falta.

Para los 54 cuerpos de tropa que según el proyecto deben organizarse, necesita el poder ejecutivo 132 jefes y 1026 oficiales.

En las diversas reparticiones del ministerio están empleados actualmente 325 jefes y 203 oficiales, lo que nos da un total de 1367 jefes y oficiales en todo.

Bien, señor presidente: el poder ejecutivo apenas tiene en el escalafón del ejército 1524 jefes y oficiales, incluso los coroneles, y comprendiendo también todos los que revistan en las planas mayores y aun aquellas que se denominan inactivas.

Hay, pues, un déficit en contra del proyecto del poder ejecutivo para la organización de estas unidades y reparticiones, de 342 jefes y oficiales. Pero

como puede argumentárseme que podemos hacer economías de personal en las oficinas militares, porque realmente se ocupan allí muchos jefes y oficiales que podrían estar en las filas, y que pueden ser reemplazados por empleados civiles, hago desaparecer el déficit de 342 jefes y oficiales de las reparticiones militares, y quedan, entonces, las regiones militares, los cuerpos de tropa y las reparticiones militares con un personal estrictamente necesario, del cual no se podría sacar ni uno solo de ellos sin que se resienta profundamente el servicio y el sistema.

De los cuerpos tampoco podríamos disponer de un solo oficial, puesto que van á instruir y organizar cuerpos de reclutas. Retirarlos, sería un error. Acaso han de requerir mayor número que el que deben de tener en lo normal, al menos mientras se organicen completamente.

Pero viene ahora lo que es verdaderamente serio, lo que es el eje ó base fundamental del proyecto del poder ejecutivo: el reclutamiento en toda la República de las clases de conscripción anual, el enrolamiento permanente. Y yo pregunto: ¿con quiénes hará el poder ejecutivo este servicio de una importancia tal que, si falla, puede darse por fracasado el proyecto, puesto que no tiene ni un solo jefe ni un solo oficial disponible para ello? ¿Se encargará al personal civil? No, señor presidente, porque sería ineficaz y sería caro.

¿Qué podría hacerse en tal caso? Se hará, señor presidente, lo que ha venido haciéndose hasta ahora: se encargará á los gobernadores de provincia y á las autoridades de campaña que den cumplimiento á esta parte de la ley, en su calidad de agentes del poder ejecutivo nacional.

Pero si eso sucede, señor presidente, podemos, desde luego, contar con que el fracaso de la ley es un hecho. Ya el señor ministro nos ha dicho que son estas autoridades las que han hecho fracasar el sistema actual, vigente, agregándonos que es absolutamente indispensable nacionalizar el enrolamiento, nacionalizar el reclutamiento de la conscripción y de las reservas.

La República tiene, señor presidente, 15 capitales y 364 departamentos de campaña, aproximadamente, numerosas ciudades y pueblos donde existe una masa de guardia nacional que requerirá un registro de enrolamiento, por lo menos en cada uno de ellos, registro de enrolamiento que tiene que funcionar

de enero á enero, y que no podrá hacerse con comisiones viajeras como algunos sostienen, porque en ese registro han de inscribirse los jóvenes que vayan cumpliendo los diez y nueve años, como lo dispone la ley; ese registro tiene que estar abierto para que se concedan los pases, ya sea á otros departamentos, ya sea á la guardia nacional cuando hayan llegado á la edad en que dejan de pertenecer al ejército de línea.

Como se ve, no es posible, que dejen de funcionar ni un solo día del año aquellos puestos ó circunscripciones militares, en todos los departamentos de la República. Necesitaríamos, pues, señor presidente, de ochocientos á mil jefes y oficiales para este importantísimo é ineludible servicio. ¿Y puede improvisarse, acaso, el personal técnico que falta? No, señor presidente. ¿Qué sucederá entonces? Sucederá lo que ha sucedido hasta hoy: que no podrá hacerse el enrolamiento sino por medio de los gobiernos de provincia, por las autoridades que ya han estado encargadas de él, y que la conscripción se hará en la misma forma, deficientemente. ¿Por qué? Porque los ciudadanos, aquí como en todas partes, son rebeldes al servicio obligatorio. Y cuando llegue el momento de llamar á las reservas para los fines de la instrucción ó de la guerra, ¿quiénes lo harán, si el poder ejecutivo no tiene, como no puede tener, en cada departamento, en cada ciudad, el personal técnico encargado de vigilar á los reservistas y de hacerlos concurrir á la concentración?

Ya he explicado en mi anterior discurso cómo se hace este servicio en los países europeos, en donde está implantado el sistema del servicio obligatorio. En esos países, y no exagero, señor presidente, al decir que los oficiales encargados de las circunscripciones de reclutamiento tienen tal cuidado y vigilancia que llevan casi de la mano á los conscriptos y reservistas para incorporarlos á las unidades á que pertenecen ó á los focos de concentración. En nuestro país, donde como todos los señores diputados saben, cada departamento tiene 100, 200 ó 500 leguas de extensión, en cuyo espacio está sembrada, por decirlo así, la población, ¿es acaso factible que al primer llamado, como nos decían el señor ministro y los miembros de la minoría de la comisión, concurren los conscriptos y los reservistas cuando suene el cañón de alarma? No, señor presidente, son ilusio-

nes, que reconozco patrióticas, pero que no son más que ilusiones. Mientras estas observaciones concretas y de hecho no sean desvanecidas con razones y demostraciones precisas, yo sostendré que si se dicta la ley, desde el mismo día de su promulgación ella habrá fracasado.

Es indispensable, pues, que los que han concebido y defendido el proyecto del poder ejecutivo digan á esta cámara,—porque estoy cierto que han de abrigar las mismas dudas que á mí me asaltan—¿en qué forma y de qué modo va á hacer el poder ejecutivo (é interesa mucho también al país conocerlo de antemano) el enrolamiento; en qué forma y de qué modo ha de hacer el reclutamiento de los conscriptos y de los reservistas?

Y como yo quisiera, señor presidente, dentro de mi sinceridad de propósitos, que la ley militar fuera lo mejor dentro de lo posible, no me he excusado de traer estas observaciones al seno de la cámara, para que se sirva tenerlas en cuenta.

Yo he estudiado el proyecto. No repudio el servicio obligatorio, lo repito; pero sí me pronuncio decididamente en contra de la forma en que viene propuesto por el poder ejecutivo.

Las teorías abstractas, señor presidente, son siempre engañosas cuando no se cuenta con los factores para realizarlos; y en este caso ha sucedido que, seducida la minoría de la comisión por las teorías artísticamente concebidas en el proyecto, ha descuidado lo principal: los elementos con que ha de realizar el propósito. Y tan es así, que dentro del terreno de esas mismas teorías el señor diputado miembro informante de la minoría de la comisión, con elocuencia, es verdad, decía, para impugnar el proyecto de la mayoría de la comisión, para tacharlo de ineficaz, que era incapaz de responder á la defensa nacional cuando llegara el caso de afrontarla; porque, según la expresión del señor diputado miembro informante de la mayoría, el ejército de línea debería concurrir á la frontera á detener al invasor y que entonces podría correr el riesgo de ser destruída ó copada esa fuerza que él reconocía que era la base sólida del ejército de la nación; que por el proyecto de la minoría las regiones militares quedarían quietas en sus campamentos, haciendo la movilización y la concentración para concurrir recién á detenerlo.

Yo tomo la misma hipótesis que el



señor diputado nos presentaba, de una invasión por el oeste, y me imagino, señor, lo que ocurriría en este país si se pusiera en práctica la teoría, un tanto avanzada, del señor diputado, de dejar entrar libremente al invasor. Ocurriría, seguramente, que en nuestras ciudades florecientes del pie de la gran cordillera saldrían hasta los viejos y los niños a defender sus hogares, su honor y su fortuna! ¿Por qué? Porque se habría incurrido en el error lamentable de no mandar á la frontera misma á defender el boquete ó el desfiladero, ya que no era posible penetrar al país enemigo mismo.

Pero ese ejército de línea, ese ejército de veteranos, ese que ha sido, que es, y que ha de ser siempre el baluarte y el ariete, ese concurrirá á defender allí, en el boquete mismo, en el mismo límite de la nación, al atrevido invasor, mientras la guardia nacional se organice para volar en su socorro; y esta guardia nacional del proyecto de la mayoría estaría tan bien instruída con tres meses de ejercicios de campamento, como lo estaría seguramente, y no mejor, con los seis meses de servicio que el proyecto de la minoría dispone. Y sucederá con uno ó con otro proyecto, que cuando truene el cañón de alarma y la patria esté en peligro, todos los ciudadanos concurrirán á los cuarteles y ahí se organizarán los cuerpos y las unidades que han de ir á reforzar el ejército de línea. Esto mismo se hará con el proyecto de la mayoría y con el de la minoría. Mientras tanto, allá estará el ejército de veteranos, cumpliendo con su deber, deteniendo al invasor y defendiendo pulgada por pulgada el territorio mientras se toma la ofensiva.

Concluyo, señor presidente, diciendo que tengo el convencimiento profundamente arraigado de que el proyecto del poder ejecutivo es irrealizable en la forma y modo cómo lo propone la minoría de la comisión. No hay para ello elementos bastantes en el país de personal técnico como creo, haberlo demostrado, y por que exigiría ingentes sumas de dinero para llevarlo á cabo, ya que el dinero todo lo allana.

**Sr. Ugarriza**—Pido la palabra.

Comprendo que la cámara se encuentra algo fatigada de este largo debate; pero creo que el asunto es sumamente importante y quizá estamos decidiendo, al resolver la cuestión de la formación y organización del ejército, una de las cuestiones más graves y trascendentales que pueden afectar al país.

No es indiferente, seguramente, hacer el servicio por medio del ejército de línea, dejando libre el curso de las industrias y de la vida civil, ó declarar la militarización de la nación.

Es un hecho que llamará fuertemente la atención, el que las naciones que más respeto han tenido por la libertad individual, que han fundado su posición sobre la prosperidad del comercio y de las artes, se hayan mantenido firmemente en el propósito de no militarizar la nación, para no obstaculizar el desenvolvimiento de las industrias y del comercio y aun de las letras, que lo mismo que las armas hacen la defensa del país.

Se comprende, señor presidente, los motivos del sistema militar de la Europa continental, que se ha invocado á cada paso en el curso de este debate como decisivo en la cuestión. Las naciones principales, allí han adoptado el sistema del servicio obligatorio; lo que significa decir que cada ciudadano sea un soldado y esté listo para el momento de ser llamado.

Pero esa situación de la Europa continental, responde desde la paz de Westfalia al principio de equilibrio y preponderancia como naciones de primer orden. No es indiferente en Europa llegar á ser una potencia de primer orden. Hemos visto que la paz armada se mantiene allí uniformemente. Nadie se hace la guerra, y sin embargo, todas se esfuerzan en presentarse como potencias de primer orden. La Italia misma sigue el ejemplo y hace esfuerzos supremos para mantener esta preponderancia.

Bien, señor presidente; ¿hay alguna razón para que todos estos sacrificios se hagan solamente por una cuestión de vanidad? No; es que en Europa, ser potencia de primer orden, es tener el derecho de recoger los despojos donde quiera que se presenten; es este anhelo de conquista tácita que hace que una potencia se presente y diga: yo tengo derecho, por los gastos que he tenido, de remunerarme en esta forma. Es el mundo vacío que está conquistándose por la Europa en esa forma.

Nosotros en América no tenemos este principio. Yo comprendo la situación de Chile. No busca los recursos en su país; los busca más allá de sus fronteras.

Si he empleado la palabra militarización, no es porque crea que sea una palabra de efecto que pueda hacer fuerza en

la cuestión: creo que la militarización puede hacerse, pero cuando la nación esté en las condiciones que determinen y estimulen estos propósitos. Queremos en un momento dado cambiar Chacabuco y Maipo por Austerlitz y Marengo. Podemos hacerlo: la energía exuberante de nuestra raza y nuestros precedentes gloriosos, nos autorizan á creer que los destinos futuros de la América podrán otra vez más fijarse á la vista del Himani; pero debemos recordar un hecho: Austerlitz abrió la puerta al conquistador para ocupar todas las capitales de la Europa, y bajó á Santa Helena dejando á París ocupado por el extranjero. Chacabuco y Maipo abrieron la jornada de Ayacucho, y Ayacucho es la independencia que existe todavía y marcará el rumbo de las actuales naciones de América. Es la libertad americana en presencia de la conquista efímera y fugaz. (*Aplausos.*)

Así es que yo no creo que la constitución ni ley alguna de la nación se oponga á que militaricemos al país ó no lo militaricemos; lo que nos conviene es no perder el rumbo, no perder la marcha que venimos siguiendo.

Hemos abierto esta nación para el comercio, para la vida, para curar todas las heridas causadas en las naciones europeas; prosigamos en paz con el género humano; marchemos así desde que esta senda es la que nos ha marcado hasta hoy el progreso no interrumpido de la nación. (*Aplausos.*)

Un contraste notable se nota en América,—es preciso que no lo desconozcamos,—y es el que presenta la República Argentina y los demás países de América. Aquí hemos juntado la mayor suma de intereses extranjeros que acuden á nuestro suelo á buscar, no sólo justicia, sino también riqueza. ¿Habremos de echar en un día á la calle todo esto que hemos trabajado en tantos años de desastres? No, señor presidente; que busquen las glorias militares fuera de la casa los que las necesiten; nosotros las hemos recogido ya en manojos fecundos y dorados y sólo necesitamos hoy fecundar el suelo de la patria y hacerlo inmovible con la grandeza de todos los órdenes en que se desenvuelve la sociedad.

Se nos dice: Inglaterra, los Estados Unidos, no pueden ser invadidos por el extranjero, ¿por qué? Porque han sido juiciosos y previsores, tratando de reunir todos los elementos de vida para defenderse, y no hay enemigo que se

atreva á atacarlo. Porque es preciso desengañarse: las artes de la paz son las mismas que las de la guerra. Con los mismos procedimientos con que se funde un cañón, se funde el arado que rompe la tierra. (*Aplausos.*)

El hombre como los pueblos que pueden en todos los órdenes sociales ser predominantes por la inteligencia y la riqueza acumulada, serán invencibles. Eso es lo que hace inmovible el orden en la Inglaterra y en los Estados Unidos.

La presteza con que se acude es naturalmente una de las ventajas de la militarización de una nación; pero eso no es todo: la historia demuestra que la Inglaterra ha sido siempre vencida en los principios. Parece que necesita siempre una preparación para desplegar todo su poder y avasallar al enemigo. El resultado ha sido siempre seguro para su gloria militar. Esta ha devastado las comarcas teatro de la guerra, pero sólo la previsión ha recogido los provechos retirándose después á fomentar tranquilamente las artes de la paz.

Esto nos enseña la historia y esto es lo que yo deseo para la República, lo que desearía siempre: no que se viese en necesidad de rechazar al enemigo que invade sino hacerle comprender que no es posible pasar el límite de nuestras fronteras.

Respecto de la eficacia del soldado de línea y del conscripto, no me creo competente para abordar la cuestión; pero tomaré una frase de una novela en boga, puesta en boca de Petronio: Yo prefiero la selección á la agrupación. Esta es la regla que no debe olvidarse en ningún caso. La selección es el ejército de línea; la agrupación, es la conscripción. En la conscripción es necesario tomar al soldado donde quiera que esté; el soldado de línea se elige antes de ir á las filas.

Por otra parte, existirá siempre una conspiración constante de la nación toda contra la ley de la violencia, aun en el caso de estar justificada por la necesidad, y de su resultado no echemos la culpa á los gobernadores de provincia ni á los comandantes militares: es el pueblo que se mueve é impone su voluntad.

Cuando se trata de una conscripción, la elección se hace por eliminación. Se presentan quinientos hombres, de los cuales hay que sacar cien. Acuden las madres, los necesitados, todo el mando, ante el jefe, á pedirle por el hijo, único

sostén y los clamores se levantan para que sea eliminado. Se alegan esas innumerables causas que la ley no puede prever, y el jefe se dice: tengo quinientos para elegir cien: dejemos á éste, y el procedimiento se repite; es la sociedad que se impone con todas sus necesidades, y que ningún jefe puede resistir por militar que sea, porque al fin todos son hombres de corazón. Siempre resulta que hay flojedad en el medio. Al fin quedan como conscriptos aquellos que nadie reclama ó los que son reclamados más débilmente.

En el soldado de línea encontramos que se presenta un individuo y ofrece sus servicios, es examinado, y vistas sus condiciones, si conviene se le acepta y si no se le rechaza. No hay inconveniente social alguno ni de otro género, en decirle á ese individuo que no se necesitan sus servicios. El que es aceptado entra justificado. De manera que en el soldado de línea la elección es directa, y mientras que en el conscripto es por eliminación.

En cuanto al servicio, el soldado de línea es profesional en las armas. Y debe tenerse aquí presente la historia repetida de nuestros cuerpos de línea. El soldado de línea, el día que cumple su compromiso, después de cuatro años de servicios, lo primero que hace es huir lo más lejos que puede del cuartel; nadie sabe dónde está! A los ocho días viene á tomar la ración con el compañero de rancho; y á los quince días se presenta al jefe para que lo enganche de nuevo. (*Aplausos.*)

Obrando en ese sentido se llega á una escuela de profesionales, y así se consigue, no un soldado de cuatro años, sino un solo soldado de catorce ó de quince años de servicio que no sabe otra cosa más que ser soldado. (*Muy bien!*)

El sistema del reclutamiento de línea hace que se conozca de antemano el efectivo que debe figurar, siendo atribución del congreso fijar anualmente, según las perspectivas de las necesidades, el número de soldados con que quiere organizar el ejército, disminuyéndolo si por el momento ningún peligro amenaza, ó aumentándolo si lo aconseja la prudencia. Por la conscripción no puede saberse de antemano, con exactitud, cuál será el efectivo del ejército.

Si estamos en guerra, se requiere un ejército mayor; los enganches son más

difíciles, se sube la cuota; la medida del sacrificio que debe hacer el país, la da el ejército que necesita. Mientras tanto, por el sistema de la conscripción se comprende más ó menos el número de jóvenes de veinte á veintiocho años que se encuentran en el país.

Nos ha dicho el señor ministro que el punto capital del proyecto es la reserva, esa reserva que realmente no sé cómo clasificar, porque se compone de soldados que han recibido instrucción pero que se encuentran en sus casas, rodeados de la actividad de la vida civil.

El gobierno no los paga; luego no son soldados en la verdadera acepción de la palabra, porque soldado quiere decir hombre á sueldo, hombre disponible, lo que significa hombre que está bajo la bandera, que debe concurrir á las filas inmediatamente que se toque el tambor. Pero un hombre á quien se le dice: vaya usted á su casa, alimentese como pueda, tiene que cuidar de los asuntos de la vida civil, tiene que sembrar su trigo, tiene que hacer cualquier otra cosa para vivir; y si el llamado á las filas lo toma el día en que le es necesario recoger su trigo, ¿puede impedírsele el gobierno, puede obligarlo á perder el fruto de su trabajo? Sería necesario someterlo á la ley marcial, porque es la única que lo haría soldado y que lo haría concurrir á las filas en caso necesario; pero concurriría arruinado como individuo á quien se le priva, en nombre de la necesidad común, de recoger el capital empleado y el precio de sus afanes y como el soldado más caro, aportando al cúmulo de desastres públicos el contingente de su propia ruína y la de los que fiaron en él.

Quiero suponer que hubiesen expulsado al enemigo del territorio de la República, que empezasen á sentir la necesidad de regresar á sus hogares, es decir, que fuese la décima legión de César que estuviese en Sicilia para ir á África, á combatir al enemigo. Entonces, dirían: mi derecho es no ir; mi contrato está cumplido; y tengo que cuidar mi casa.

¿Son ciudadanos romanos ó soldados? Si se reservan sus derechos, serán ciudadanos romanos y no podrán ser obligados á continuar en el ejército; si son soldados, están sujetos á una ley inflexible, en que deben entrar, en las condiciones de su misma situación.

Yo encontré que esta reserva misma

es débil, porque es una reserva de ciudadanos, no de soldados.

Todas estas dificultades que pueden surgir, son subsanables recurriendo al enganche que toma al hombre sin violencia y en el momento que se ofrece desprendido de otras preocupaciones. Lo único que yo encuentro bueno en el proyecto del señor ministro, lo que está admirablemente combinado, es la parte que dispone que se debe dar al ciudadano lo que es necesario para defender la patria, la instrucción; pero sin sujetarlo á la ley marcial, pues la organización no puede hacerse sin formar cuerpos sujetando los individuos completamente á las necesidades de esta organización. Por consiguiente, el proyecto del señor ministro que provee á la instrucción y organización, es deficiente en cuanto á la organización, porque ésta solo puede hacerse en presencia del peligro y para un objeto de guerra.

Si decimos nosotros: el peligro es lejano, pero es necesario organizarse porque no sabemos el momento en que se presentará, resultará que haremos de la nación un campamento, sacrificando el progreso de veinte años por estar listos el día de una batalla. Entonces es necesario no comprar tan caro esta organización militar á espensas de la organización política, civil, comercial, que es debemos respetar también, manteniendo paralelas, á fin de que el país marche hacia el cumplimiento de sus destinos, y sin sacrificar todo lo demás á esta organización militar.

Si estuviera *Aníbal ad portas*, si nuestros hombres políticos, si nuestros diplomatas, nos dijeran que hay un peligro que está en la atmósfera, entonces sí sería el caso de lanzar á la nación á una organización militar definitiva, á fin de salir triunfante en todos los casos; y los sacrificios, por más grandes que fueran, que hiciera el país, serían en su propio provecho.

Por estas consideraciones, yo propondría, como una moción que se impone, que este proyecto volviese á comisión, para que ésta consultase lo que el señor ministro nos ha dicho: nuestros hombres prácticos, nuestros militares antiguos. Felizmente uno de ellos es al mismo tiempo un distinguido hombre público y ha firmado un mensaje sobre organización del ejército.

Si fuese apoyada esta moción, podría votarse.

**Sr. Presidente**—Puede ser brevemente discutida la moción del señor di-

putado por Salta, si es que ha sido previamente apoyada.

—Apoyado.

**Sr. Ugarriza**—Pido la palabra.

Habiendo sido apoyada la moción, agregaré dos palabras más para dar otro motivo que, á mi modo de ver, la justifica más todavía, y es que los informes que se pueden tomar, si el asunto vuelve á comisión, darán por resultado que dictemos una ley prestigiada por la opinión y que tenga el concurso de todos; porque, señor presidente, se necesita el concurso de todos, para que esta ley tenga un resultado práctico, puesto que si no se encuentra la nación en estado de adoptar el servicio obligatorio, tocaremos siempre con el inconveniente de que la ley será impracticable.

He dicho.

**Sr. Coronado**—Pido la palabra.

La minoría de la comisión de guerra considera que este asunto ha sido debatido con todas las luces que es posible traer á esta cuestión.

El miembro informante de la mayoría de la comisión, los diputados de la minoría y todos los que han tomado parte en este debate, han ilustrado á la cámara; y los de la minoría creen que, por más que hicieran un nuevo estudio del asunto, no podrían traer absolutamente nada nuevo al debate.

De manera que la moción del señor diputado por Salta no haría sino dilatar la solución de una cuestión de palpitante interés y de urgencia para el país, desde que la necesidad de reorganizar el ejército ha sido reconocida por todo el mundo.

Estas breves consideraciones, hacen que la minoría de la comisión se oponga á la moción del señor diputado por Salta.

He dicho.

**Sr. Sánchez**—Pido la palabra.

Muy pocas voy á consagrar en defensa de la moción que acaba de hacer el señor diputado por Salta.

Si se tratara de cualquiera otra cuestión que hubiera sido tan extensamente debatida como esta, pero que no afectara de un modo tan fundamental nuestra constitución y el porvenir de nuestras instituciones, yo estaría también de acuerdo con que el debate que hemos escuchado con toda atención, fuera suficiente para formar convicciones arraigadas y proceder á la votación sincera, y estaría, por consiguiente, en este caso, con el señor diputado por Entre Ríos.



Pero, señor presidente, se trata de una cuestión que tiene toda la importancia de una institución política; se trata de una cuestión que afecta hondamente al país, sus antecedentes y tradiciones liberales; se trata de una cuestión en la que se propone inocular en este país instituciones guerreras, incompatibles con los fines pacíficos de nuestra constitución; se trata de introducir en nuestro organismo político leyes perfectamente adaptables en los pueblos imperialistas ó en los pueblos regidos por instituciones completamente distintas de las nuestras; y cuando se trata de una cuestión fundamental de esta clase, cuando está de por medio la constitución, que es la ley á la que nosotros debemos obedecer en todo momento, cualesquiera que sean los peligros que nos amenazan, yo digo que ese debate no está agotado, que ese debate no es suficiente, que el asunto puede pasar perfectamente á un nuevo estudio, á fin de coordinar, á fin de subsanar los defectos, tanto del proyecto de la mayoría como de la minoría, á fin de que, volviendo á comisión, pueda llevarse á ella el concurso de los hombres competentes en materia constitucional.

La comisión de negocios constitucionales, que debe intervenir forzosamente en este debate, que debe asesorar á la cámara, no ha dicho ni una palabra.

La cámara tiene su asesor legítimo, la comisión de negocios constitucionales; esta cuestión afecta á la constitución. ¿Qué más natural, qué más lógico, que escuchar la opinión de esa comisión asesora?

Por estas consideraciones, muy breves, señor presidente, porque no desearía molestar más la atención de la cámara, yo me he adherido á la moción hecha por el señor diputado por Salta, y ruego á la cámara que la acepte porque no se perderá nada absolutamente en este intervalo de tiempo, durante el cual la cámara se ocupará de otros asuntos que tal vez necesitan ser tratados, porque no serán probablemente incluidos entre los de la prórroga. Más aún: vendría á facilitar la moción del señor diputado, que nos ocupamos de otros asuntos, muy importantes.

Repito: no se habrá perdido nada; todos los señores diputados podrán haber hecho nuevos estudios sobre la cuestión, se escuchará á la comisión, que también los habrá hecho, escucharemos también á la comisión de negocios constitucionales,

que es la que debe asesorarnos en estas cuestiones.

Si se tiene presente que en el parlamento francés la discusión de la ley militar ha durado...

**Sr. Capdevila**—Noventa y seis sesiones: cinco años duró la discusión de la ley del 89.

**Sr. Sánchez**—Si se tiene esto presente, y que allí no había peligro de afectar la situación de la Francia, creo que en una cuestión como ésta no habrá tampoco peligro en acordar esta interrupción, no digo de un mes, sino de dos ó tres meses.

**Sr. Demaría**—Pido la palabra.

Voy á oponerme á la moción del señor diputado por Salta de que este asunto vuelva á comisión.

Si yo creyera que con ese temperamento habríamos de conseguir que la comisión trajera al debate de la cámara un proyecto más perfecto, con gusto apoyaría esa indicación; pero tengo la absoluta seguridad, señor presidente, de que en el seno de la comisión volverán á repetirse los mismos hechos y á plantearse las cuestiones en la misma forma en que se plantearon cuando por primera vez la comisión abordó este asunto.

Existen divergencias fundamentales de principios, de doctrinas y de sistemas, inconciliables entre la mayoría y la minoría de la comisión. Y creo también que hay divergencias fundamentales de principios y de doctrinas entre la mayoría y la minoría de la comisión y el señor diputado por Salta que hace la indicación; porque estoy seguro, señor presidente, de que ni la mayoría ni la minoría de la comisión están conformes con las palabras que acaba de pronunciar el señor diputado por Salta, cuando nos decía que esperaríamos que Aníbal estuviera á las puertas...

**Sr. Ugarriza**—He dicho precisamente lo contrario: que para mí es necesario que los hombres de estado me digan si piensan que Aníbal está á las puertas.

**Sr. Demaría**—Es cuestión de palabras, pero no de conceptos.

La organización militar permanente y definitiva, como institución nacional, que nosotros, mayoría y minoría, creemos que el país necesita, el señor diputado quiere que recién la comencemos cuando los hombres de pensamiento, los hombres de gobierno y los diplomáticos nos

anuncien que Aníbal está á las puertas! (*Aplausos.*)

De manera que tenía razón cuando decía que era simple cuestión de palabras. El ha ido más lejos, cuando ha dicho que entonces era el momento de hacer la organización definitiva.

El nos ha hablado de que con los mismos operarios que se funden los arados se funden los cañones. Nos ha hecho una hermosísima disertación en contra de todo lo que importe organización militar, contra el sistema de la mayoría, contra el sistema de la minoría, contra cualquiera de los dos; y yo creo que las dos fracciones de la comisión están en el hecho en contra del señor diputado por Salta.

Creo, además, que hay principios antagónicos, inconciliables entre las dos fracciones de la comisión, puesto que la mayoría sostiene un ejército de línea, un ejército de enganchados numeroso, y la minoría sostiene un ejército de enganchados más reducido. Sobre este punto, talvez, pudiéramos todavía llegar á una inteligencia. Pero la mayoría, por el órgano de su representante más caracterizado, ha declarado todas y cada una de las veces que ha usado de la palabra en este debate, que entiende que hay conveniencia en mantener la división entre ejército de línea y guardia nacional, de acuerdo con el concepto tradicional de esa interpretación, dejando todo lo que se refiere á la guardia nacional á las provincias, por razones institucionales y de imposibilidad de que el gobierno nacional tome la dirección de esas ocho clases que la minoría nacionaliza; mientras que la minoría entiende que para que pueda haber una organización seria y eficaz es menester nacionalizar todo lo que se refiere á las ocho clases. (*Muy bien!*)

Sobre ese punto el debate está completamente agotado, y en el seno de la comisión no haríamos más que repetir lo que ya hemos dicho aquí, y todo lo que habríamos conseguido sería demorar un año más, con uno ú otro sistema, la resolución definitiva de este gran problema de la organización militar, que es lo que el país necesita. (*Aplausos.*)

**Sr. Capdevila**—Pido la palabra.

Está equivocado el señor diputado por la provincia de Buenos Aires, cuando afirma que el debate está agotado. El debate no sólo no está agotado sino que se puede afirmar que la discusión en general de los proyectos recién va á iniciarse.

Sosteniendo el proyecto de la mayoría, sólo yo he discutido hasta ahora, señor presidente, el principio mismo del servicio obligatorio, y la argumentación expuesta por mí no ha sido refutada: estudié las razones capitales en que el poder ejecutivo se funda para aconsejar la conveniencia del sistema que propone y demostré la inconsistencia de sus fundamentos.

Pero la mayoría de la comisión, dadas las razones que ha invocado el señor diputado por Salta, no puede oponerse al temperamento que él propone; adhiere á su moción, porque cree que así sirve mejor los intereses del ejército y del país, que serán muy gravemente lesionados con el proyecto del poder ejecutivo si obtuviera la sanción de la cámara.

Tenemos mucho que trabajar todavía y tal vez encontremos la solución que el señor diputado por Buenos Aires cree imposible. Tal vez encontremos una fórmula que mejor responda á las necesidades del presente y á las exigencias del porvenir. Es necesario recordar que la discusión de la ley militar del 89 en Francia ocupó á la cámara diputados durante 95 sesiones, duró seis años, é intervinieron en ella cuatro ministros. Es que no hay, no puede haber fatiga excesiva cuando se trata de la organización militar, cuando se trata de la defensa nacional. (*Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Coronado**—¿Me permite, señor diputado?

**Sr. Capdevila**—Por estas razones, la mayoría de la comisión votará en favor de la moción del señor diputado por Salta.

**Sr. Coronado**—Voy á decir dos palabras.

Por esas mismas razones es que la minoría de la comisión quiere que la cámara siga trabajando. Si pasamos nosotros este asunto á comisión, lo dejaríamos en ella para que lo despachen los diputados que vengan el año próximo. Por consiguiente, queremos seguir trabajando. (*Risas.*)

**Sr. Ugarriza**—Pido la palabra.

No creo, como acaba de opinar el señor diputado por Buenos Aires, que los dos proyectos sean inconciliables. En mi concepto no es así: las diferencias son más de detalle.

La cuestión capital es ésta: la que se refiere á la organización definitiva del ejército, que en el proyecto de la mayoría se basa en el enganchado, como forma definitiva, estableciendo como or-

ganización de guerra la guardia nacional ó la conscripción, como se quiera.

El proyecto del señor ministro, propiciado por la minoría, sienta todos los principios necesarios para una sólida y buena instrucción militar. Y no podemos olvidar que el señor ministro es el autor principal de que nuestro país haya sido dotado de un completo armamento, que ha sido una de las previsiones más felices del patriotismo. Por su proyecto nos pide que organicemos el ejército de guerra antes de la guerra; y esto es lo que yo creo que contraría el orden civil, que contraría á toda la nación. Porque mi idea es ésta: que no sólo se defiende á la patria con el fusil, haciendo centinelas ó mandando un batallón en la pelea, sino que el modesto industrial que trabaja en su esfera, que fomenta la riqueza pública, defiende la patria tan heroicamente como el militar. Por consiguiente, yo quiero que este orden militar, evidentemente necesario para que vele como centinela las entradas de la patria, sea apoyado por el hombre que le da los elementos de la industria, del comercio, de las artes, de la ciencia.

Napoleón, hombre de guerra, decía: la guerra se hace con el oro, el oro y el oro. Y la industria repite: la industria se hace con el oro, el oro y el oro; y el comercio ¿cómo se hace? Con el oro, el oro y el oro. Pues vamos á buscar una California. Vamos por medio de la paz á hacer que esta nación que estaría armada de otro modo, abrumada por el peso de las armas, vaya á trabajar, á hacer fortuna, á apoyar con su riqueza el orden militar para el día en que haya un peligro próximo á remoto. Si hacemos la organización del ejército cuando no tenemos la aprensión de la guerra, entonces tendremos la paz armada que aniquila y destruye á las naciones.

De esto es de lo que han huído los países que han sido amantes de la libertad. La Inglaterra y los Estados Unidos han huído de este extremo y así vemos que cuando las ha tomado la guerra, han encontrado siempre una reserva de oro, que las ha puesto en estado de levantar escuadras, de admirar al mundo por sus armamentos, por sus hechos.

Sigamos el consejo que daba Washington á su país cuando era un pueblo de puritanos, sobrio en sus costumbres. Le decía: No os metáis en guerras extranjeras; estad en paz y en relación con las demás naciones; haced vosotros solos el pedestal de vuestra gloria. Y

así ha conseguido rápidamente el pueblo americano hacerse poderoso, y hoy por derecho propio interviene en las cuestiones internacionales y busca las convenciones europeas.

Imitemos esto. Únicamente la paz de tantos años le ha hecho capaz de convertirla en una poderosa nación hasta el punto de buscar conquistas. Así es que si nosotros salvamos esta única cuestión, que para mí envuelve el proyecto del poder ejecutivo, es decir, que no tratemos de hacer una organización militar de la nación mientras no vamos á la guerra, ese proyecto sería aceptable, porque si queremos ir á la guerra después de organizar el ejército, tendremos que ir á la guerra de conquista para recuperar los gastos que hayamos hecho. Sería una consecuencia indispensable: organizar el ejército y lanzarlo, porque las cosas no se hacen sino para un objeto determinado, mucho más cuando los ejércitos de tierra han arruinado á las naciones.

He dicho.

**Sr. Balestra.**—Pido la palabra.

Voy á ser muy breve.

Empezaré por decir que del punto de vista de volver este asunto á comisión, en cuanto esto trae un mayor retardo en su solución, no le doy importancia alguna. Este es un asunto que más tarde ó más temprano tiene que resolverse; de suerte que sería una demora de unos cuantos días solamente.

Pero hay un punto de vista al que doy importancia. Entiendo que la moción que ha hecho el señor diputado es un llamado á toda la comisión de guerra, un llamado al señor ministro, un llamado á la cámara para que tentemos un esfuerzo, á ver si en vez de una ley en que estén divididas las opiniones, lo que importa dividirse esta cámara, podemos dar una ley que salga con el prestigio con que deben salir las leyes militares, con el prestigio de la unidad si fuera posible.

¿Es este ó no un anhelo público y un anhelo militar? Me atrevo á afirmar que sí, señor presidente.

El antecesor del señor ministro, general don Luis María Campos, de cuyas glorias, de cuya autoridad y de cuya sinceridad nadie ha de dudar, me ha escrito una extensa carta confidencial, que deploro no tener en mi poder en este momento, incitándome á que tomara una iniciativa de esta naturaleza en la cámara; y he de decir con toda verdad que, si no la tomé, fué porque no

se interpretara mi conducta como un ardid del debate, en el que yo también he sido contendor, y preferí la visera levantada del combatiente, á los medios dilatorios.

¿Por qué no toman en cuenta todas las ideas presentadas?, me decía el señor general Campos. ¿Por qué no consideran también mi proyecto? Es sabido que el señor general Campos, como antecesor del señor ministro, preparó un mensaje y un notable proyecto que sometió al señor Presidente de la República. Su proyecto contiene ideas prácticas y parte de un respeto verídico á la constitución.

Por ese proyecto se salva al ejército de línea y la guardia nacional.

¿Cuál es la diferencia en definitiva que hay, en efecto, entre los proyectos discutidos? Una diferencia de cantidad, en muchos casos. Esa diferencia puede arreglarse. Si es excesivo lo que los unos piden; muy poco lo que los otros dan; ¿porqué la cámara no ha de tomar un tercer término? ¿Cuál es la diferencia respecto á la instrucción de los conscriptos? Tres meses, dice la mayoría; seis ó cuatro la minoría. En todo esto, por un espíritu patriótico, se puede llegar á coincidir en un solo proyecto.

Yo entiendo que el señor ministro ha hecho una obra personal al presentar su proyecto, como tiene derecho á hacerlo. No lo critico; pero creo que si consulta á las altas autoridades militares...

**Sr. Ministro de la guerra**—¿Me permite el señor diputado?

El señor Presidente de la República ha contribuido á hacer el proyecto presentado á la cámara. Este es el resultado de las ideas comunes del señor presidente y de su ministro de la guerra.

**Sr. Balestra**—Al decir el señor ministro hablo del Presidente, porque un ministro no tiene más existencia constitucional que la que deriva de la presidencia. Eso lo dice la constitución.

**Sr. Ministro de la guerra**—Estamos de acuerdo.

**Sr. Balestra**—De manera que nombro al Presidente de la República en la persona de su ministro.

Bien: lo cierto es que no ha habido una consulta de la clase superior militar, que tiene derecho á ser oída; y estas innovaciones, tan serias, deben hacerse tomando ayuda de la experiencia y el consejo de los demás.

Lo mismo sucedió el año pasado, cuando se trató una cuestión tan im-

portante como ésta, la de la enseñanza. Yo le hacía entonces la misma crítica al ministro, y le decía: no entremos en el camino de las demoliciones; no es así como se hace obra duradera; las demoliciones de hoy no hacen sino enseñar el camino de demoler á los que vengan mañana, y nadie es dueño del tiempo ni de las mutaciones que trae.

Yo preguntaría á los señores de la comisión de guerra: ¿no creen ellos que volviendo á su dictamen este asunto, haciendo todas las consultas que fuera necesario á los viejos y gloriosos militares como Campos, que, repito, representaba el pensamiento militar del poder ejecutivo hace poco tiempo, no podrían aunar las ideas y presentarnos un proyecto que todos, sacándonos el enorme peso y la responsabilidad de esta ley, podríamos votar por unanimidad y con entera confianza en esta cámara? Por lo menos sería patriótico tentarlo; y siendo así, y por esa sola consideración, no por demorar el asunto, créamelo la cámara, voto porque el asunto vuelva á comisión. *(Aplausos.)*

**Sr. Falcón**—Pido la palabra.

Yo también pensaba oponerme á esta moción porque, como decía Napoleón I, es inútil imponerle á un general un plan de operaciones que no tiene la voluntad de llevar á cabo; y habiendo el señor ministro determinado su plan, será necesario más bien darle los medios para que lo realice; de otra manera la ley no surtirá su efecto, y menos aún triunfando el proyecto presentado por la mayoría.

Ya los miembros de la comisión en minoría han manifestado su opinión de que, aunque estos proyectos volvieran á su seno, en nada podrían conciliar sus ideas, pues insisten en todo su despacho, á excepción de algunos puntos de más ó menos importancia. Pero si yo hubiera sido miembro de la comisión, sin otra pretensión que la de servir al país con sinceridad y lealtad, hubiera dicho: sí, señor, puede ser que de la discusión en el seno de la comisión salga lo que más convenga al ejército.

Por esto, señor presidente: porque se ha hecho con esta cuestión militar lo que con la túnica de Cristo: cada uno se ha llevado un girón.

El miembro informante de la mayoría lo dijo claramente: que, lo que informa su proyecto, no es un sistema nuevo, sino una idea que está ya dentro de la ley en vigencia. En mi opinión, lo que establece el proyecto de la



mayoría es un método dentro del principio del servicio obligatorio; es decir, una base veterana y la instrucción obligatoria de todos los ciudadanos, cuyo principio, cuyo método, cuyo sistema, como quiera llamarse, está dentro de la ley vigente.

Pero el proyecto ministerial, posteriormente confeccionado, no lo informa otro criterio, otro espíritu, que el de hacer la antítesis del otro: allí donde decía el primero blanco, el ministro ha dicho negro; se ha ido al otro extremo.

Entre tanto, con un espíritu de ecuanimidad, cualquiera que no hiciera de esto una cuestión de amor propio profesional, diría: unir los dos proyectos, tal vez sería lo más conveniente.

Pero antes de dejar el proyecto ministerial, voy á decir...

**Sr. Presidente**—¿Me permite el señor diputado?

**Sr. Falcón**—Voy á ser breve, señor presidente.

**Sr. Presidente**—Pero le prevengo al señor diputado que la discusión sólo puede recaer sobre la moción de volver este asunto á comisión.

**Sr. Falcón**—Es lo que estoy haciendo. Voy á probar, tal vez, la conveniencia de pasarlo á comisión.

**Sr. Presidente**—Perfectamente.

**Sr. Falcón**—En los proyectos en debate, se discuten dos métodos que unidos podrían conciliar las dos tendencias, con lo que no se haría sino implantar el sistema que existe hoy mismo en Alemania; es decir, servicio obligatorio como lo entiende el proyecto ministerial, cuadros de clases enganchadas, y el servicio en las filas de la clase de veinte años; pero como siempre hay un excedente que queda sin poder ser incorporado á las filas, por razones de presupuesto, entonces, se ocurre al método que establece la mayoría de la comisión: la instrucción obligatoria para ese excedente ó sea la reserva de reclutamiento.

Eso lo sabe muy bien el señor ministro. Así, suponiendo que haya que incorporar al ejército alemán, en este año, trescientos mil conscriptos, como el presupuesto tal vez no permite más que doscientos mil, entran los doscientos mil á instruirse, según el principio ó sistema establecido allí, y que es el mismo sostenido por el proyecto de la minoría; y los cien mil restantes, reciben una instrucción intensiva de diez semanas, de cuatro semanas y de dos sema-

nas sucesivamente, en la forma que la sostiene el de la mayoría.

Y para que se vea cuán práctico, señor presidente, sería esto para nuestro país, basta recordar que éste puede pasar por ciertos momentos en que el enganche sea muy fácil y muy barato. En tal caso, se aplica el proyecto de la mayoría: la base enganchada primará sobre la del servicio obligatorio. Pero viene un momento para el país en que el enganche es difícil, caro; y entonces, podría establecerse el sistema del ministro: el servicio obligatorio, para llenar una necesidad que no es posible satisfacer con el enganchado.

Así, pues, según las necesidades, según la situación porque el país atravesase, sería el método que se podría adoptar. Y en esto no haríamos más que lo que dispone la ley vigente, que permite emplear los dos métodos en debate, combinada ó separadamente.

Pues lo que ha querido la mayoría de la comisión es imponer un método, el único que puede llevar á cabo la militarización más eficaz del ciudadano y con el menor costo posible. Y porque en esto del servicio obligatorio en las filas, los burgueses, ya sea por el reemplazo ó ya por los medios que tienen de eludir el cumplimiento de la ley, no van á prestar ese servicio va á hacerse de esta ley la más odiosa que tenga el país. Mientras que cuando al ciudadano sólo se le imponga la obligación de reunirse en un campamento durante tres meses para hacer instrucción exclusivamente, todo el mundo la cumplirá sin violencia.

El proyecto ministerial, como acaba de decir el señor miembro informante, se basa en dos cosas buenas: en la división regional y en la constitución de las reservas, ¿no es así, señor diputado?

**Sr. Demaría**—Reservas nacionales.

**Sr. Falcón**—En las reservas nacionales.

Pero, señor presidente, estos dos puntos los tiene también el proyecto de la mayoría. ¡Si la cámara lo sabe! Hemos oído discutir mucho este punto. Son dos principios que no han podido escapársele á la mayoría.

El proyecto de la mayoría también tiene la división regional y la constitución de las reservas. Pero, lo que es más particular, la ley vigente también las tiene, pues todos sabemos que hoy mismo, si el poder ejecutivo quisiera llamar una parte de la guardia nacional activa, está facultado por la ley pa-

ra llamarla y darle instrucción como reserva, por tres meses ó más si fuera necesario. Luego, pues, es cuestión de reglamentación.

Pero se hace cuestión de la faz constitucional de las reservas, y aunque no es el campo en que yo deba entrar, todos sabemos que aun dentro de los principios...

**Sr. Presidente**—El señor diputado está discutiendo á fondo los proyectos; permítame que le llame al reglamento, que dispone que deben discutirse brevemente estas mociones.

**Sr. Falcón**—Estoy tocando los puntos en que la minoría de la comisión se ha hecho fuerte, creyendo tal vez que salva el ejército con la sanción de su proyecto porque militariza las reservas.

Bien: voy á tocar este punto, de las reservas, y concluiré.

Tal vez la mayor parte de los profesores de derecho que se sientan en esta cámara reconocerán que se va á intervenir á las provincias ó á afectar sus autonomías nacionalizando las reservas. No hay necesidad de eso.

Bien sabemos que cuando los gobiernos de las provincias ejecutan las leyes de la nación como agentes naturales, están sujetos á la intervención directa del poder federal, es decir, á su alto control.

Luego, cuando un gobernador de provincia hiciera mal el enrolamiento de las milicias, el poder ejecutivo nacional tendría derecho de mandar un comisionado á controlar el acto. Esta teoría no es mía, la deduzco de un caso análogo sucedido durante la presidencia del general Sarmiento.

Entonces, pues, ¿por qué se ha de tener como institución permanente á estos militares enrolando en las provincias, cuando el gobierno federal tiene esta alta facultad de mandar jefes militares á ver cómo se cumple la ley?

Entonces, encarando bajo esta faz la cuestión también, me parece que se podría gar á armonizar los dos proyectos, adoptando á la vez los dos métodos, que se aplicarían, según las circunstancias y según las épocas por qué atravesara el país. Esa es mi opinión. (*Aplausos.*)

**Sr. Presidente**—Se votará la moción del señor diputado por Salta, de que el asunto vuelva á comisión.

—Se vota y resulta negativa.

**Sr. Presidente**—Continúa la discusión.

Si no se hace uso de la palabra, se votará si se cierra ó no el debate.

**Sr. Capdevila**—Pido la palabra.

Había insinuado, señor presidente, en una de las sesiones anteriores, que la cámara celebrase una sesión secreta para que se sirviera escuchar la réplica que tengo que hacer á las afirmaciones temerarias hechas por el señor ministro de la guerra en la sesión del 15 de septiembre.

Hago moción, pues, para que la cámara levante la sesión y se reuna mañana en sesión secreta para el objeto indicado.

**Un señor diputado**—Ahora mismo.

**Sr. Capdevila**—La solicito para mañana y no para hoy, porque tengo necesidad de traer mapas, planos, etc., que no tengo en este momento.

**Sr. Coronado**—Pido la palabra.

Al hacer el señor diputado por la capital moción de que la cámara celebre una sesión secreta, ¿será á objeto de estudiar el sistema de reclutamiento que más conviene al país?

**Sr. Capdevila**—Sí; señor diputado.

**Sr. Coronado**—La mayoría de la comisión de guerra sostiene que el sistema del enganche y del voluntariado es el mejor, y la minoría sostiene que el más ventajoso es el del servicio obligatorio. La cámara será el juez.

Si se trata de una contienda en que dos militares igualmente distinguidos é ilustrados, van á decir al país cuál es el mejor sistema de defensa, me parece que la honorable cámara no tiene nada que hacer en el asunto. (*¡Muy bien!*)

Por otra parte, discutiéndose este grave y trascendental asunto á la luz pública, ya he dicho en esta cámara que el establecer una política previsorá de organización del país, no significa establecer una política agresiva. ¿Quién sabe, señor presidente, si las naciones americanas, si nuestros vecinos, no entienden que mientras estamos tratando el mejor sistema de reclutamiento para reorganizar nuestro ejército, tenemos propósitos que no nos animamos á declarar en sesión pública!

Estas consideraciones me deciden á negar, con mucho sentimiento, mi voto á la moción del señor diputado por la capital. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Capdevila**—Si la cámara no me acordara la sesión secreta que he solicitado, me negaría sencillamente el derecho de defenderme, como miembro de ella, de las imputaciones que el señor ministro me ha hecho, exhibiéndome ante la cámara como un militar que ignora

hasta los principios en que se funda la defensa de las montañas!

**Sr. Ministro de la guerra**—Pido la palabra.

El ministro de la guerra no ha hecho al señor diputado por la capital ninguna imputación de ignorancia en el arte de la guerra! El ministro ha defendido, señor presidente, en un carácter completamente general, los principios del sistema que se encuentran en el proyecto de organización del ejército que el poder ejecutivo ha presentado á la consideración de la honorable cámara; y ha demostrado, creyendo haberlo hecho de una manera muy culta y muy respetuosa de esta honorable cámara, que en ese sistema no podría entrar, de ninguna manera, un plan de organización que pudiera aplicarse únicamente á un caso especial, sino á todas las eventualidades. (*Aplausos.*)

Y ha demostrado, repito, de una manera muy respetuosa para la honorable cámara y también para el señor diputado por la capital, que cuando una ley de organización militar se presenta á la discusión de un parlamento, no es para defender al país en una sola situación sino para responder á todas las eventualidades. (*¡Muy bien!*)

Yo he permanecido impasible, aquí en esta banca, cuando el señor diputado trataba al ministro de la guerra con más apasionamiento que justicia, y no es el caso de debatir en esta forma una cuestión de tan gran magnitud. Aquí se está debatiendo una de las cuestiones más fundamentales y más trascendentes para el país! ¡No se está discutiendo si el señor diputado por la capital sabe más que el ministro de la guerra! Yo quiero acordarle que sabe más! (*¡Muy bien! Grandes aplausos.*) Porque los hombres, señor presidente, son nada en un debate como éste. Estamos tratando de una de las principales instituciones de la República, de algo que afecta completamente á la patria, y yo, señor, hago abstracción absoluta de mi personal (*¡Muy bien!*) Y quiero declararlo y lo digo bien alto: Entre los generales de mi patria en quien tengo más esperanzas para ir, en caso de que llegara la hora del peligro, á rechazar al enemigo y pasear victoriosa nuestra bandera, se encuentra el señor diputado por la capital! (*Bravos y aplausos prolongados en las bancas y en la barra.*)

**Sr. Capdevila**—Pido la palabra.

Le doy las gracias al señor ministro

de la guerra. Yo no tengo necesidad de repetir lo que he dicho antes de ahora, cuando he expresado la simpatía que me inspira, la admiración que tengo por su vida militar, que es un ejemplo de honestidad, de patriotismo y de consagración. (*¡Muy bien!*)

Pero el señor ministro de la guerra, al defender con el calor y apasionamiento con que lo hace, el proyecto del poder ejecutivo, atacando el pensamiento de la mayoría de la comisión, expuesto por mí, quiso demostrar que el establecimiento de las fuerzas de líneas permanente en los puntos en que lo había manifestado la mayoría de la comisión, no tenía absolutamente ningún propósito militar. Y voy á leer las propias palabras del señor ministro de la guerra, para demostrar á la cámara que yo tengo necesidad de contestar al señor ministro.

**Sr. Ministro de la guerra**—Repito, señor presidente, que yo no he hecho ningún cargo al señor diputado por la capital.

**Sr. Capdevila**—El señor ministro ha dicho: «Diré que si lo creyera,—especializándose entonces con el caso, que, como he dicho anteriormente, no existe,—si lo creyera y tuviéramos únicamente cuatro pasos y aun ocho, que permitieren el pasaje de fuerzas armadas, se comprendería, se explicaría, hasta cierto punto, que se nos aconsejara el establecimiento de un cordón militar para defender la cordillera de los Andes, en el supuesto de que el enemigo, supuesto también, faltando á un principio fundamental, cometiese el error de dividirse, para atacar por muchos puntos á la vez.

«Pero, desgraciadamente, para el argumento, señor presidente, en la cordillera de los Andes, en el espacio que ha indicado el señor diputado por la capital, no existen cuatro ni ocho pasos sino que el número de ellos podría multiplicarse por diez ó veinte, quedándonos aun abajo de la verdad.»

Quiero probarle al señor ministro, en una sesión secreta, que está completamente equivocado, que no se ha tomado la molestia de echar una mirada sobre la carta geográfica de la cordillera de los Andes, porque son, en efecto, nada más que ocho los pasos, nada más que ocho los caminos por los cuales podríamos recibir una agresión en la región comprendida sobre las fronteras de San Juan y Mendoza.

**Sr. Ministro de la guerra**—¿Y los pasos del sud, los del Neuquén, etc.?

**Sr. Capdevila**—Y el señor ministro agregaba en seguida, con verdadero ensañamiento: «Voy á probar con un principio de arte militar del más ilustre de los capitanes, que las montañas y los ríos no se defienden estratégicamente ni al pie de las montañas, ni sobre la orilla de los ríos. Esto lo sentó el ilustre emperador en sus famosas memorias de Santa Elena, cuando sentaba principios del arte de la guerra, que son hoy aceptados por los primeros maestros en la materia.»

Y luego agregaba: «Es el más grande de los errores defender las montañas dentro de ellas ó al pie de ellas, ni los ríos sobre las orillas de los mismos.»

¿No comprende la cámara la necesidad que tengo de contestar estas afirmaciones temerarias del señor ministro de la guerra?

No tendría necesidad más que de abrir este libro escrito recientemente por un teniente coronel del cuerpo de ingenieros del ejército italiano y profesor de fortificaciones de montaña, que estoy seguro que el señor ministro conoce. Me refiero al teniente coronel Rocchi, que en el capítulo segundo, página 29 de su obra titulada: «Bases fundamentales para la organización defensiva de una barrera montañosa», dice: «En la organización defensiva de una frontera constituida por una cordillera, se pueden seguir dos caminos: presentar una resistencia á todo trance en la zona montañosa, ó bien retardar la marcha del invasor lo necesario para terminar la concentración de las tropas destinadas á maniobrar ofensivamente contra las masas humanas que desembocan de los montes.»

Ahí está el pensamiento de la mayoría de la comisión. Pero yo necesito la sesión secreta para traer cartas geográficas, para explicar estas cosas á la cámara de diputados, y para que ella vea que la mayoría de la comisión se ha preocupado, y ha estudiado el problema militar. (*Muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Carlés**—Pido la palabra.

**Sr. Presidente**—Antes quiero repetir á la barra que no permitiré ninguna nueva manifestación y que á la primera que haga, la haré desalojar.

Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

**Sr. Carlés**—Durante la discusión en general del proyecto, he guardado deliberadamente silencio, por dos razones: primero, porque la transcendencia del

asunto requiere mucho estudio y saber, y yo ingenua y francamente confieso mi ignorancia en la materia; y después, porque creo que del debate y cambio de ideas debía resultar una consecuencia, que es á lo que todos aspiramos y que tan útil será para los que silenciosamente meditamos.

Esta es una cuestión que reviste tanta importancia, que cuantos más sean los datos y las informaciones que se nos ofrezcan, nosotros los ignorantes—me coloco yo el primero, quizá sea el único,—mejor base tendremos para formarnos un criterio, una opinión.

Esto, señor, en lo que se refiere al carácter general de la discusión; que en lo que se refiere al carácter especial, ya predomina un espíritu distinto: es la opinión del hombre de ciencia, franca y libremente manifestada, lo que el país, que está representado en esta cámara, necesita oír, y esto es lo que deseo que tenga lugar.

Acaba de manifestar el señor diputado por la capital los motivos fundamentales que tiene para dar *in extenso* sus razones. ¿Quién puede asegurar que lo que manifieste el señor diputado en sesión secreta no nos hará cambiar completamente de opinión á los que pensamos con él, y que contestado oportunamente por el señor ministro no nos convenzamos de que el proyecto del poder ejecutivo es el más ventajoso?

Así es que en nombre de mi ignorancia reclamo la sesión secreta, para que nos iluminen con la ilustración que han demostrado tanto el señor diputado como el señor ministro. (*Muy bien!*)

**Sr. Garzón**—Desearía saber cuál es la moción del señor diputado.

**Sr. Presidente**—El señor diputado por la capital ha hecho moción para que se levante hoy la sesión y para que la cámara celebre mañana sesión secreta.

**Sr. Garzón**—Podría modificar su moción el señor diputado en el sentido de que continuemos hoy tratando otros asuntos.

**Sr. Capdevila**—No hay inconveniente.

**Sr. Coronado**—Podría hacerse una votación previa, si la cámara cree que para estudiar el sistema de enrolamiento que el país necesita, debe oír ó no al señor diputado en sesión secreta.

**Sr. Balestra**—No, señor!

**Sr. Castellanos (J.)**—Yo creo que la cámara no puede negar en este caso la sesión secreta.

**Sr. Coronado**—Si la sesión secreta



fuera realmente necesaria para estudiar el sistema de reclutamiento que necesita el país, yo no me opondría; pero es que yo no le veo objeto, haciéndome, sin embargo, suma violencia en votar en contra.

**Sr. Carlés**—Haciendo el debido honor á la discreción del señor diputado, he de votar por la sesión secreta, á la cual creo que el señor ministro no se puede oponer.

**Sr. Presidente**—Permítame el señor diputado. Nadie tiene la palabra.

**Sr. Garzón**—Pido la palabra.

Yo no tengo inconveniente en aceptar la sesión secreta que propone el señor diputado por la capital. Lo que yo había indicado es que podíamos aprovechar esta sesión, continuándola, para tratar cualquier otro asunto, en vez de levantarla, como había propuesto el señor diputado.

Al mismo tiempo, antes de votar la sesión secreta, le pediría al señor diputado por la capital que no hiciera un debate sobre los planes estratégicos. Yo sé que tanto el señor ministro como el señor diputado por la capital pueden decir mañana á cualquiera que dude de su competencia lo que Ney dijo al príncipe de Murat, un momento antes de batir á los austriacos en Ulma: «Ve-

nid príncipe, enseñadme á hacer planes frente al enemigo». Yo sé que el señor ministro y el señor diputado por la capital los puede hacer perfectamente. Entonces no hagamos discusión sobre planes hasta que llegue el caso, si es que alguna vez por fatalidad nos azota la guerra. Que se conserven reservados en el estado mayor, y ellos serán des-envueltos cuando haya oportunidad.

Por ahora, si el señor diputado por la capital quiere sesión secreta, que sea para contraerse durante ella á la discusión de los proyectos militares.

Nada más.

**Sr. Presidente**—Habría que modificar la moción.

**Sr. Capdevila**—Yo acepto la modificación propuesta por el señor diputado por Córdoba: que continúe la sesión para tratar otros asuntos y que se suspenda la discusión de los proyectos militares hasta mañana en que será continuada en sesión secreta.

—Se aprueba esta moción.

**Sr. Presidente**—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio á las 6 p. m.